

María de Lourdes Berruecos V.*

De la semejanza y la diferencia**

QUISIERA comenzar mi comentario retomando la cita de Octavio Paz con la que se abre y en cierta forma se resume este libro, pero que, paradójicamente, impide que se cierre: “La comprensión de los otros es un ideal contradictorio: nos pide cambiar sin cambiar, ser otros sin dejar de ser nosotros mismos”. Si bien Paz sitúa la comprensión del otro a un nivel ideal y contradictorio, esta encuesta trata, a través de un largo y sinuoso camino teórico y metodológico, de hacer aparecer que tal vez la comprensión del otro puede dejar de ser ideal para convertirse en realidad si la representación de ese mundo que nos rodea no es singular ni única, sino múltiple y plural. Es decir, si hacemos intervenir el concepto de *conciencia*; más concretamente, de *conciencia de identidad* que implica la noción de la *diferencia*. Esta noción convoca, en *Miradas cruzadas*, a la metáfora del espejo: del “otro” que se constituye como imagen incapaz de ser idéntica pero que aparece ilusoriamente como tal, como una “realidad” inevitablemente intangible, diferida, traspuesta . . . Imagen de aquello que es y al mismo tiempo no es o no puede ser. La imagen del

* UAM-Xochimilco.

** Comentario al libro *Miradas cruzadas: percepciones interculturales entre México y Francia* (UNAM-IFAL, 1962) en su presentación el 9 de septiembre de 1993 en el CELE-UNAM.

espejo, juego de imágenes, conforma una cierta visión, más aún, una cierta representación, “ideal” y “contradictoria” en términos de Octavio Paz, capaz de la paradoja de hacer resaltar la semejanza y la diferencia, la similitud y la disimilitud, lo real y lo ilusorio.

Miradas cruzadas, al evidenciar la *diferencia* la constituye como “seres de palabra”. Tanto lo cultural como las representaciones sociales que conforman la identidad se expresan a través del lenguaje; es decir, la identidad cultural es un marco de referencias que comienzan y terminan por el lenguaje. Para utilizar la afortunada metáfora de Wittgenstein,¹ somos la mosca atrapada en el frasco, este último siendo el lenguaje. Todo lo que vemos —la “realidad”— está filtrado por ese vidrio inabismable que nos rodea. Esta identidad —que es lenguaje— hace que veamos al otro como a uno mismo (ser de lenguaje) y como “otro”, radicalmente distinto (expresión de un lenguaje que no comprendemos). Ahí empieza la diferencia. Existe siempre la tentación de reducir al otro a uno mismo, esto es, de considerarlo como un desvío del lenguaje “original” que es el nuestro. La dominación representa un claro ejemplo que ha dejado sus más profundas huellas en la lengua, o en el hecho de ya no tener una lengua como consecuencia de la dominación. Ese otro, esa diferencia, es reducida en su expresión más íntima (el lenguaje) para que, a partir de un determinado momento, no tenga posibilidad de expresarse más que a través de la lengua del que domina; poner las reglas del juego significa hacer hablar al otro nuestro lenguaje.

Los lenguajes llevan cicatrices que a veces permanecen abiertas muchos siglos. En México no podemos evitar el español como algo que alguna vez no fue nuestro, como algo que se nos impuso. En nuestro hablar, cultura e historia, subyace ese entierro de piedras y pala-

bras; llámese ahora “encuentro de dos mundos”, hace poco “descubrimiento de América”, otrora “conquista española”. Hablamos nuestro lenguaje y, al mismo tiempo, el lenguaje del otro. Lo que fuimos no quedó totalmente sepultado; resulta que cuando alguna vez se posee una lengua nunca más se la puede dejar del todo. ¿No será acaso que el lenguaje nos posee aún más de lo que nosotros creemos poseerlo?

Miradas cruzadas no plasma lamentos extemporáneos sino que intenta cerrar antiguas heridas, mitad civilización perdida, mitad civilización prestada, exponiéndolas ante el otro. Esconder esas heridas, protegerse, implica fatalmente la presencia de la amenaza. A esto obedece que tantas veces, frente a la enseñanza de lenguas, se reaccione con violencia tachando a la otra civilización de querer hacer imperialismo cultural y que enfrentemos este hecho más como una pérdida que como un enriquecimiento. Como *Miradas cruzadas* lo muestra, el extranjero resulta una especie de imán fascinante pero amenazador. Este fenómeno no es privativo de nuestra cultura; simplemente, las maneras en cómo se presenta y se representa esta amenaza cambian radicalmente de una cultura a otra. Imaginemos por un momento a un noble mixteco, un príncipe, que es obligado a volver a nacer a los veinte años, a cambiar de nombre —es bautizado— y que es forzado a olvidar su historia, sus orígenes y su lengua (¡y algunos interpretan los sacrificios humanos como salvajismo extremo!). Poco importa si en este país hay quien se sienta más identificado con un edificio de Manhattan que con la Pirámide del Sol; no se trata de gustos o modas, sino de expresiones profundas de cultura que parecen resistir al tiempo mejor que los monumentos.

Llevar a cabo un intercambio cultural significa conocer y aceptar nuestras costumbres, cultura e historia, hacer que la diferencia no se convierta en fortificaciones que impidan el acercamiento. Esta quizá sea la palabra clave: “acercamiento”. Hablar otra lengua es acer-

¹ Wittgenstein, Ludwig (1954), *Investigaciones filosóficas*, trad. castellana de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM-Ed. Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1988.

carse a otra cultura, es invadir y dejarse invadir. Utilizo el término “invadir” para expresar lo intenso que no lo violento del hecho.

Miradas cruzadas evoca la percepción del otro, el descubrimiento que éste conlleva y, por ende, la diferencia. La encuesta intercultural pone en relieve las representaciones sociales de mexicanos y franceses, testigos de la diferencia y de sus movimientos de atracción y rechazo, germen de juicios que, a su vez, conforman los llamados “estereotipos”. Estos estereotipos fueron recogidos a través de “palabras y discursos”, testimonio de percepciones, por lo cual me parece que *Miradas cruzadas* es también “discursos entretejidos”. La percepción, diría entonces y haciendo un paralelismo con Patrick Charaudeau respecto a la comunicación, lejos de ser simétrica, es asimétrica. La problemática que plantea la asimetría nos lleva al concepto de *conciencia* y, más concretamente, retomando a Lucien Goldmann,² al concepto de *conciencia posible*, tratado en los Coloquios de Royaumont.

Goldmann enfoca este concepto no solamente desde el punto de vista psicológico y sociológico sino, sobre todo, en el plano de la comunicación y de la transmisión de informaciones que de alguna manera nos ocupa esta noche. Goldmann basa su exposición en la diferencia entre conciencia real y conciencia posible. El hecho es que existe una conciencia receptora de informaciones (en nuestro caso sería el otro, el *alter ego*) que es opaca o refractaria a toda una serie de informaciones que no pasan o que pasan modificándose, claro ejemplo de la asimetría de la comunicación, ya que es frecuente que sólo una parte de un todo es recibido e, incluso, que esa porción es aprehendida de manera diferente por el destinatario.

² Goldmann, Lucien (1966), “Importancia del concepto de conciencia posible para la comunicación”, en AA.VV., *El concepto de información en la ciencia contemporánea*, Coloquios de Royaumont, Siglo XXI, México, pp. 31-40.

La sociología contemporánea —tal y como la apreciaba Goldmann en aquella época— está edificada sobre la conciencia real más que sobre la conciencia posible.

“Por sus métodos descriptivos, por sus métodos de encuesta, esa sociología se interesa, en efecto, solamente por lo que las gentes piensan efectivamente”.³ Y sin embargo, para Goldmann el fenómeno realmente relevante es lo que las gentes puedan llegar a pensar en un momento dado, es decir, la flexibilidad —por decirlo así— de conciencia que en un momento dado puede permitir el ingreso de nuevas informaciones.

Esta encuesta, como lo hemos visto, trata de *representaciones* y no de *comportamientos efectivos* de dos grupos sociales. Se trata de “una realidad que atestigua lo que son los comportamientos a la vez que los influencia”.⁴ De esta manera *Miradas cruzadas* se abre a la problemática de la “flexibilidad” de la que habla Goldmann respecto a la conciencia posible, es decir, a lo que un grupo *pueda* llegar a representarse respecto a sí mismo y al otro grupo. En otras palabras “hacer que se perciba que esas diferencias no son fuente de amenaza, sino de enriquecimiento personal y colectivo”,⁵ lo que nos lleva al “ideal contradictorio” que plantea Octavio Paz: “cambiar sin cambiar, sin dejar de ser nosotros mismos”.

El reto se sitúa, para concluir con esta cita de Goldmann, “en saber . . . cuáles son los cambios susceptibles de producirse en su conciencia, sin que haya ninguna modificación en la naturaleza esencial del grupo”,⁶ cuestión que incumbe, particularmente, a todos aquellos actores sociales a los que este libro se dirige.

³ *Ibid.*, p. 32.

⁴ *Miradas cruzadas. Percepciones interculturales entre Francia y México*, Patrick Charaudeau, coordinador general, UNAM-IFAL, México, 1992, p. 26.

⁵ *Ibid.*, p. 20.

⁶ *Op. cit.*, p. 32.